



TESTIMONIO

La Vicaría de la Solidaridad

CARMEN SERRANO R.

Ex funcionaria de la Vicaría de la Solidaridad.

Como en sueños, las imágenes del horror van desfilando por las pantallas del televisor y los recuerdos atolondrados se desparraman como si una compuerta enmohecida se hubiera quebrado al fin, porque ya no soportaba el peso del silencio.

Esos años, esos tiempos de locura desatada cuando la Plaza de Armas era un campo de batalla y en su glorieta tocaban a muerte las trompetas de la dictadura...

Y una puerta, y una escala de piedra gastada dejaban pasar los tropeles de heridos, seres humanos vejados en su dignidad más íntima, porque las puertas de la Vicaría de la Solidaridad estaban abiertas para todos, porque la Iglesia Católica había comprendido desde el primer día, que se trataba de amparar al hermano resguardando sus derechos esenciales, sin importar sus creencias.

Adentro, en sus pasillos atestados, convivíamos todos intentando pintarle un rostro solidario al dolor: al rostro desfigurado de los torturados, al rostro valiente y sufrido de los familiares de detenidos desaparecidos, al miedo tallado en las miradas dignas de los amenazados y perseguidos.


¿Quiénes éramos aquellos que vivíamos en ese mundo a los pies de la Plaza de Armas, en pleno centro de la ciudad? ¿Cómo describir, catalogar y dibujar el espacio donde cientos de jóvenes y personas adultas ocupaban un lugar en la maqueta del antiguo Palacio Arzobispal de la Iglesia de Santiago? ¿Cuáles palabras utilizar para decir de cada uno de ellos lo más sincero, lo verdadero, logrando así describir su humanidad, su abnegación, y de paso hablar también de esa vida extraña que eligieron vivir a pesar de la dureza de cada día, postergando los proyectos personales y sometidos a riesgos inimaginables porque en sus corazones predominaba la bondad y la consecuencia?

El recuerdo es inmenso, tremendo y se desborda: ¡tanto dolor, tanta tristeza acumulada!

Al abrir las compuertas enmohecidas de aquellos tiempos, por los pasillos antiguos, por las oficinas y entretechos de la Vicaría también se desparraman otras vivencias de cada día: las risas jóvenes, el humor sanador, los aniversarios con música y bailes, unas clases de yoga sobre las mismas colchonetas que servirían para recostar a los heridos, las competencias de bailes con abogados y asistentes disfrazados de rocanroleros, el vicario queriendo

¿Cuáles palabras utilizar para decir de cada uno de ellos lo más sincero, lo verdadero, logrando así describir su humanidad, su abnegación, y de paso hablar también de esa vida extraña que eligieron vivir a pesar de la dureza de cada día, postergando los proyectos personales y sometidos a riesgos inimaginables porque en sus corazones predominaba la bondad y la consecuencia?

comer pasteles después de recibir en sus oficinas a los emisarios del horror, el orificio estratégico en la puerta de la Secretaría Ejecutiva a través del cual se podían ver las figuras entrecortadas de personeros, periodistas, extranjeros y todos quienes llegaban en visita urgente, el jefe del área de documentación invariablemente derramando el café con leche sobre el escritorio poniendo en riesgo los documentos vitales, el famoso abogado pasando a llevar sillas y objetos con su inmenso llavero que hacía circular mientras redactaba impaciente los innumerables recursos de amparo que los tribunales de justicia rechazarían uno tras otro... Esas pinceladas de normalidad, de vida común y corriente que permitían sobrellevar el abismo que circulaba por los rincones amenazando con tragarnos a todos.

LA NACION - STGO-CHILE			
8.14x16.23	3	Pág. 15	
29.12.2004	4362644-9		

2 6 4 4

Hoy, en medio de las lágrimas que seguramente corren por las mejillas de todos los trabajadores de la Vicaría de la Solidaridad al ver en la televisión las imágenes de ese horror conocido, afloran los recuerdos mezclados de una vida compartida durante 16 años.

Existe un recuerdo, una vivencia más poderosa que todas las demás y que está intacta en las pantallas del corazón: la pérdida, la muerte horrorosa de José Manuel Parada, un entrañable compañero de trabajo y amigo.

Y ya no sé si es producto de mi imaginación, pero decían que cuando le encontraron degollado, en sus manos rígidas traía apretados unos pelos de su propia barba, porque había intentado protegerse del corte brutal en su cuello.

Cuando le encontraron, algunos quisimos claudicar, encerrarnos en nuestras casas a vivir la vida de un ciudadano "normal", hacer oídos sordos al espanto y al dolor. Pero no fue así, regresamos a ocupar cada cual su lugar en la tragedia que asolaba al país, porque ansiábamos dejar un testimonio, buscando justicia para nuestro José Manuel Parada y los miles de compatriotas que llegaban a golpear las puertas de la Vicaría.

¿Qué más agregar? Decir que fueron muchas vidas vividas esos años, muchas muertes muertas, mucha juventud avejentada, risas dolorosas, corazones magullados, personas desaparecidas que nunca han dejado de tocar nuestros hombros con sus manos de viento, para que no olvidemos.

Hoy, la Plaza de Armas ya no es la misma, su fisonomía ha sido alterada y a sus pies de cemento, las puertas de la Vicaría de la Solidaridad permanecen cerradas, sus ventanas tapiadas, y en sus techos venerables anidan las palomas, mudas testigos de una historia contundente, maravillosamente humana. Pero, adentro, en ese gran corazón, aún palpitan los espíritus infinitos, recordándonos que cuando el ser humano se ve expuesto a los abismos más oscuros del alma, también puede ser solidario, noble y bondadoso.